



La subjetividad y su significación para el estudio de los procesos políticos: sujeto, sociedad y política

Fernando González Rey

Introducción

El tema de la subjetividad ha sido insuficientemente estudiado en las ciencias humanas y sociales, en las que su significado ha estado asociado a la definición de procesos y dinámicas internas de la persona. La subjetividad es referida con frecuencia de forma general y poco precisa en el desarrollo de otros temas.

Los conceptos de conciencia y cogito, que fueron centrales para la filosofía moderna, dieron lugar a un desplazamiento imperceptible que fue siendo naturalizado hacia el tema de la subjetividad como siendo característico de esa filosofía, cuando en realidad nunca lo fue. Nuevamente la subjetividad es usada en esta acepción como sinónimo de conciencia cuando comprendida como organización a priori de cualidades humanas universales asociadas a la explicación de las diferentes funciones y actos humanos, como ella se presentó en la filosofía de Kant.

Existen múltiples argumentos que permiten explicar por qué el tema de la subjetividad ha estado ausente del campo del pensamiento social hasta hoy, entre los cuales me gustaría destacar los siguientes.

Primero, la orientación cartesiana, que enfatizó el carácter racional del sujeto y de la conciencia y que otorgó al pensamiento un lugar protagónico en la condición humana. Este pensamiento está presente, directa o indirectamente, en algunas de las dicotomías del pensamiento moderno que inviabilizaron el tema de la



subjetividad, entre ellas, psique-cuerpo, emoción-cognición y externo-interno, consciente-inconsciente, entre otras. La subjetividad teóricamente implica la integración de esas dicotomías en una propuesta ontológica diferente sobre una dimensión cualitativa diferenciada del hombre y sus múltiples realidades.

Un segundo elemento influyente en la exclusión de la subjetividad fue el advenimiento de la ciencia moderna, poderosa fuerza que fue creciendo en su significación política, social e institucional siguiendo el desarrollo del capitalismo industrial. Esa fuerza se expresó en la aparición del positivismo, filosofía que hegemonizó la representación de ciencia en toda la segunda parte del siglo XIX, y que se perpetúa en los discursos dominantes de la institucionalización y enseñanza de las ciencias hasta hoy. La atribución de objetividad al saber, despojándolo de su carácter necesariamente subjetivo implicó la exclusión de la subjetividad en las propias ciencias humanas.

El Marxismo, tan influyente por la connotación ideológica que le otorgó a los diferentes procesos de la vida humana, a partir de la conexión que estableció entre lo político, lo jurídico y lo social, también se caracterizó por su determinismo en las explicaciones sobre la historia y la vida social, atribuyendo un carácter secundario al sujeto y la subjetividad en la génesis y desarrollo de esos procesos. El concepto de ley, tan relevante al positivismo, tomó una especial significación en la filosofía marxista para explicar los cambios sociales y el curso de los procesos históricos.

Finalmente, ya en el siglo XX, el giro lingüístico de la filosofía, estrechamente relacionado con la emergencia del Estructuralismo y del Posestructuralismo, también contribuyeron a mantener excluidos los conceptos de sujeto y subjetividad de las ciencias sociales, en el primer caso, por el determinismo inherente a la definición de estructura y en el caso del postestructuralismo, por su fuerte reduccionismo discursivo, que implicó reducir todos los procesos humanos a su naturaleza discursiva.

También en el propio siglo XX el Pragmatismo norteamericano contribuyó a una visión más instrumentalista de la ciencia y el saber que ignoró la naturaleza diferente de los problemas construidos por ese saber. Aunque comparto la crítica a la definición de objeto de la ciencia de Durkheim, creo que el desarrollo de modelos teóricos y metodológicos diferentes depende del tipo también diferente de problemas que las ciencias se proponen estudiar. Y la representación sobre estos problemas es de naturaleza teórica, no empírica.

Todos esos movimientos, unos del período moderno, y el postestructuralismo como expresión fundadora del movimiento postmoderno en la filosofía, representaron una poderosa secuencia de representaciones intelectuales ante las cuales los temas del sujeto y la subjetividad se mantuvieron hasta tiempos recientes como periféricos y secundarios. Sin embargo, las consecuencias epistemológicas de esas mismas posiciones, y la negación de la epistemología enarbolada por el postestructuralismo, llevaron, ora a una concepción estrecha,



puramente empírica de la ciencia, ora a la negación del valor heurístico de la ciencia como recurso de inteligibilidad en la producción de un saber inseparable de nuestras prácticas y de las formas de representación del mundo. Esa relación entre saber y práctica de hecho enfatiza la idea de prácticas humanas subjetivas, rompiendo la representación muy arraigada de práctica como expresión de realidad, lo que tiene importantes implicaciones para considerar las dimensiones política y subjetiva de la propia epistemología.

En el presente capítulo me centraré en el desarrollo del tema de la subjetividad a partir de la psicología cultural-histórica que tuvo su inicio en la psicología soviética en los años veinte del siglo anterior. A pesar de que la subjetividad nunca fue un tema explícito para esa psicología como resultado del dogma político que dominó el escenario del desarrollo de las ciencias soviéticas a partir de Stalin, de hecho, la inspiración dialéctica de algunas de sus principales figuras como Vygotsky y Rubinstein, dejaron en abierto construcciones teóricas que permiten el desarrollo de ese tema a partir de ese legado teórico.

La ruptura de los determinismos, sean estos biológicos, sociales, históricos o lingüísticos, es una condición esencial para el desarrollo del tema de la subjetividad como lo venimos desarrollando en esta perspectiva teórica; la subjetividad no es un epifenómeno de ningún otro sistema identificado como real a partir de la separación inadecuada del sujeto y el objeto. Los objetos humanos existen como expresiones de un sistema simbólico más general que es la cultura y las realidades culturales son inseparables de las personas que las integran y de sus prácticas. La cultura es un sistema presente en la configuración de los procesos humanos por los sentidos compartidos de prácticas y realidades culturales; las culturas son múltiples porque su existencia es inseparable de la subjetividad compartida de quienes viven en ellas, por tanto, las realidades culturales rompen con la separación sujeto-objeto que pretendió el naturalismo cientificista. Por esa razón la subjetividad humana es siempre una producción sobre las condiciones concretas en que se desarrolla y no un simple reflejo de esas condiciones.

La subjetividad es una producción simbólico-emocional de las experiencias vividas que se configura en un sistema que, desde sus inicios, se desarrolla en una relación recursiva con la experiencia, no siendo nunca un epifenómeno de esa experiencia. La subjetividad es una cualidad constituyente de la cultura, el hombre y sus diversas prácticas, es precisamente la expresión de la experiencia vivida en sentidos diferentes para quienes la comparten, constituyendo esos sentidos la realidad de la experiencia vivida para el hombre. La realidad que nos rodea desde muy temprano se configura subjetivamente a través de nuestras relaciones con los otros, las que siempre son culturales. Sin embargo, esas configuraciones subjetivas no son una reproducción de lo evidente de las relaciones, sino de producciones simbólicas emocionales que están más allá de las evidencias compartidas de las relaciones. Las configuraciones subjetivas se erigen como formas singulares de organización de sentidos subjetivos, que no



permanecen idénticos consigo mismos en el curso de una configuración, y que convergen por sus múltiples efectos en los estados y comportamientos de las personas.

La definición de subjetividad como las producciones simbólico-emocionales de la experiencia vivida, tanto por personas, como por las formas y prácticas que se definen dentro de una organización social, hace que lo subjetivo sea irreductible a lo individual. Las personas y la multiplicidad subjetiva de los diferentes escenarios de su acción social, definen la unidad inseparable de la subjetividad social e individual. La subjetividad social e individual mantienen relaciones recursivas, cuyas expresiones y efectos colaterales que son simultáneos y diferentes para cada uno de esos sistemas, pasan a ser constituyentes de ambos a través de sentidos subjetivos diferentes. Las acciones de la persona y sus formas de expresión en los escenarios en que se desarrolla su vida social, son procesos constituyentes de las configuraciones de la subjetividad social en esos escenarios, sin embargo, esa subjetividad social permanentemente se desdobra en efectos que están más allá del control y la intencionalidad de las personas, y que se configuran subjetivamente de diferentes formas en ellas, más allá de sus representaciones conscientes.

La capacidad consciente e intencional de representación de las personas también se organiza en configuraciones subjetivas, por lo que nunca representa una capacidad racional pura que se puede contraponer a la dinámica subjetiva, pues es parte de ella. Por esa razón, querer usar lo representacional como solución para los conflictos humanos es absurdo, pues no es el carácter veraz de una representación sobre nosotros la que garantiza un cambio, sino la producción subjetiva asociada a las reflexiones que acompañan el desarrollo de una representación, en cuyo curso se generan sentidos subjetivos diversos en el curso de la configuración subjetiva que se organiza en ese camino reflexivo. El carácter mágico atribuido a la posibilidad de saberes verdaderos sobre nosotros como agentes emancipadores, es una expresión más del sujeto racional que ha hegemonizado la representación de la psicología.

La relación de la subjetividad social e individual apuntada antes, toma formas particulares en el campo de la política, lo que ha llevado a un conjunto de investigadores, entre ellos muchos de los autores del presente libro a considerar un dominio específico de esa subjetividad que definen como subjetividad política. Entre los temas que discutiremos en el curso del presente capítulo están: la cuestión de los sujetos políticos, las implicaciones subjetivas de las formas de institucionalización política y la forma en que la naturalización de la política lleva a una desubjetivación de la propia política, generando un mundo normativo poco crítico e irreflexivo, orientado a la masificación del comportamiento social.

El tema de la subjetividad tiene un marcado carácter interdisciplinar, pues las motivaciones humanas expresadas en los sentidos subjetivos de las diferentes prácticas, son constituyentes de todos los dominios de la realidad humana, lo que



implica trascender la lógica del comportamiento al analizar los efectos de ciertas políticas y del funcionamiento de las sociedades. La historia, la economía, el funcionamiento de las instituciones, los sistemas de organización múltiples de una sociedad, los diferentes procesos políticos y formas de organización política de la sociedad, expresan todos una dimensión subjetiva inseparable del curso de los eventos y procesos que caracterizan la vida de las personas.

La subjetividad en una perspectiva cultural-histórica: avanzando en los desafíos de nuevos caminos en Ciencias Sociales

La psicología cultural-histórica representó la primera tendencia del pensamiento psicológico en defender de forma abierta la génesis cultural de la psique humana y con ello su carácter social e histórico, con lo cual rompió con la idea de esencia humana como condición inherente a la naturaleza humana, concepción muy arraigada en algunas de las teorías modernas de la psicología, así como trascendió la idea de comportamiento como recurso pragmático-empírico para contraponerse a la metafísica del esencialismo. Esa apertura a la sociedad y la cultura como fundamento de una visión histórica de hombre, estuvo en la psicología soviética fuertemente influida por el Marxismo y por los filósofos idealistas rusos (Trotsky, Chelpanov, Schpet, entre otros), quienes fueron responsables por el énfasis en la cultura de que asumía el nuevo pensamiento ruso ante las radicales transformaciones generadas por la Revolución de Octubre.

Sin embargo, la evolución de la representación sobre lo mental comprendido como producción cultural, social e histórica fue un proceso complejo que se desarrolló de forma más lenta y contradictoria, pues estuvo directamente afectado por las condiciones políticas y sociales que caracterizaron los diferentes momentos de desarrollo de la psicología soviética. Esos diferentes momentos y su carácter necesariamente contradictorio, han estado ausentes tanto en las versiones oficiales sobre la historia de aquella psicología, desarrolladas en el período soviético, como en las representaciones dominantes institucionalizadas desarrolladas en el pensamiento occidental sobre esa psicología.¹ Tanto en un caso, como en el otro, se han presentado algunas de las teorías relevantes de la psicología soviética sin relacionarlas a los efectos institucionales y políticos de sus diferentes momentos históricos, separándolas del desarrollo más general de la psicología soviética.



1 Me refiero a los autores de la psicología soviética asumidos en Occidente, pues la psicología soviética en su integridad y complejidad no ha sido hasta hoy un tema importante en la psicología occidental.

El Marxismo soviético se desarrolló bajo la influencia de un pensamiento político, lo que tuvo serias implicaciones inseparables de las construcciones filosóficas que se sucedieron en el curso del período soviético. La principal consecuencia de esa politización de lo filosófico fue su ideologización, la que representó un proceso que subordinaba lo teórico a las urgencias pragmáticas y dogmáticas de la política, las que aparecían como “verdades universales” en los momentos coyunturales de su emergencia. El Marxismo soviético enfatizó el aspecto materialista del pensamiento de Marx sobre la dialéctica. Ese énfasis se vio favorecido en el desarrollo de la psicología por tres factores: el énfasis de Lenin en la idea de reflejo, presentada en su libro *Materialismo y empiriocriticismo*, el carácter materialista de la neurofisiología rusa sobre la actividad nerviosa superior, ciencias muy influyentes antes y después de la Revolución de Octubre en Rusia, y el rechazo creciente a los filósofos idealistas, quienes comenzaron a ser desplazados de sus responsabilidades institucionales en los años veinte. Esos factores fueron muy importantes en la orientación de la psicología soviética hacia una representación objetiva sobre la psique humana.

Lo anterior influyó de forma decisiva en la identificación de la psicología marxista como psicología objetiva. Los autores idealistas mencionados antes fueron eliminados de las historias oficiales de la psicología soviética, y la influencia de Schpet en Vygotsky fue omitida de la historia oficial.² Sin embargo, a pesar de los rumbos que el Marxismo fue tomando en la Unión Soviética, todavía en los años veinte del siglo pasado la psicología soviética se desarrollaba desde diferentes perspectivas teóricas, no existiendo una “psicología oficial” que gozara de los privilegios de ser la interpretación oficialmente reconocida de la “psicología marxista”, González Rey (2012).

Vygotsky, en lo que yo he denominado como primero y último momentos de su obra, González Rey (2011), destacó el papel de las emociones, su compleja unidad con los procesos cognitivos y el carácter generador de los procesos psíquicos, en especial de la creatividad, la imaginación, la fantasía y la personalidad. Esos procesos fueron destacados por Vygotsky en sus trabajos sobre el arte, sobre los niños con necesidades especiales y en sus constantes reflexiones sobre la educación. En particular, en el último momento de su obra entre 1931 y 1934, Vygotsky presentó dos importantes conceptos que por largo tiempo fueron subestimados en las interpretaciones sobre sus trabajos, tanto en Occidente, como en la Unión Soviética y más recientemente en Rusia, me refiero a los conceptos de ‘perezhivanie’ y sentido. Ambos conceptos se destacan por representar nuevas unidades de la vida psíquica que integran la cognición con otros estados



2 El importante psicólogo Ruso V. P. Zinchenko desarrolla la relación entre Schpet y Vygotsky mostrando las deudas del segundo con el pensamiento del primero en su trabajo: “Thought and Word: The Approaches of L. S. Vygotsky and G. G. Schpet”, (2007).

y procesos de la persona, incluyendo los afectivos. Al mismo tiempo esos conceptos conducen a la superación de cualquier forma de determinismo sobre la génesis de los procesos psíquicos, algo que Vygotsky había apoyado en momentos anteriores de su trabajo.

El curso que tomó la obra de Vygotsky en las interpretaciones soviéticas después de su muerte estuvo regido por las interpretaciones de A. N. Leontiev y los seguidores de su teoría de la actividad, quienes representaron la psicología soviética oficial y que fue dominante en ese país desde principios de los años sesenta hasta mediados de los setenta. Ese grupo se centró en los trabajos desarrollados por Vygotsky sobre las funciones psíquicas superiores entre 1928 y 1931, momento ese que definí como un “giro objetivista” en su obra, González Rey (2011(a) y (b)) debido a su énfasis en la relación directa entre las operaciones externas del comportamiento, y las internas, específicamente psicológicas, así como por su énfasis en las funciones psíquicas superiores que él identificó con las funciones cognitivas, separándolas en ese momento de la trama emocional que las caracterizaba y que era responsable por las complejas expresiones de la imaginación y la fantasía, las que hacían de las operaciones cognitivas verdaderas producciones subjetivas. Más tarde, tanto en “Pensamiento y lenguaje”, como en otros trabajos del momento final de su obra, Vygotsky retoma la importancia de las emociones para cualquier función psicológica, como hizo en algunos de sus principales trabajos del primer momento de su obra.

La Teoría de la Actividad de Leontiev enfatizando la obra de los clásicos del Marxismo, que eran las referencias más citadas por el autor Orlov (2003), eliminó el énfasis en los procesos de naturaleza subjetiva destacados, tanto por Vygotsky, como por Rubinstein en ciertos momentos de sus obras, poniendo su énfasis en la actividad práctica con objetos concretos como la vía propiamente Marxista de comprender el carácter objetivo de la génesis de los procesos psíquicos. Ante el énfasis del carácter práctico de la actividad como proceso primario en relación a los procesos psíquicos, se perdía tanto la unidad de la conciencia y la actividad defendida por Rubinstein, como la relevancia de los conceptos de sentido y vivencia desarrollados por Vygotsky para explicar cómo las influencias externas expresaban su significación psicológica.

La elaboración de una psicología centrada en la actividad práctica con objetos no solo eliminó las opciones para el desarrollo del tema de la subjetividad, al identificar los procesos psíquicos como actividad interna, idénticos por su estructura con la actividad externa, sino que también implicó un reduccionismo de lo social a lo externo inmediato, ya que la actividad era comprendida por las acciones con objetos concretos, los cuales, si bien eran culturalmente producidos, eran tomados en su relevancia para los procesos psíquicos por las operaciones del niño con los objetos, simplificando la compleja trama simbólica de los espacios sociales donde la actividad con objetos tenía lugar. Esa concepción de actividad con objetos llevó a atribuir un carácter secundario a los procesos de comunicación e institucionalización que caracterizan a las diferentes prácticas humanas, con lo cual estas



quedaron desubjetivadas y, a su vez, despojadas de su carácter político, algo totalmente congruente con un orden político donde solo la acción de un grupo de personas se legitimaban como políticas llevando a un monopolio de poder que negó la propia política.

Esa condición de la teoría de la actividad como psicología oficial implicó su connotación de única versión aceptada como Psicología Marxista, con las implicaciones que ello implica en el empobrecimiento del debate teórico ante la imposibilidad del debate crítico abierto sobre esa posición, el cual se interpretaba como rechazo a las posiciones marxistas en ese campo. Como resultado de ello la psicología soviética se desarrolló separada de las otras ciencias sociales, lo que se evidencia claramente en la ausencia de referencias sobre Bakhtin y Voloshinov, esas relevantes figuras de la lingüística soviética que tuvieron aportes esenciales para la psicología. También hubo implicaciones de esa hegemonía al interior de la propia psicología, como fueron el poco desarrollo de la psicología social y el aislamiento de la psicología soviética de las corrientes del pensamiento psicológico occidental, con frecuencia identificadas como psicología burguesa. La psicología desde esa perspectiva hizo un profundo silencio en relación con las cuestiones de la política.

La psicología dominante en la Unión Soviética, a través del concepto de actividad omitió la capacidad generadora de los sistemas subjetivos, tanto sociales, como individuales, lo que la mantuvo centrada en el estudio de las funciones psíquicas individuales, esencialmente de las cognitivas. Fue precisamente ese uno de los factores que impidió al Partido Comunista de la Unión Soviética conocer el nivel de apatía y desengaño que se apoderó de las personas e instituciones de aquella sociedad, y que tanto contribuyó con las acciones que llevaron al cambio radical del rumbo de aquel país.

El Socialismo de Estado que se extendió por todo el mundo se apoderó de un discurso que se centró en sus cúpulas y en las formas dóciles de institucionalización que se extendieron como rectoras de las diversas formas de funcionamiento social. En ese proceso las contradicciones pasaron a acumularse en el malestar de la población, en lugar de llevar a la emergencia de nuevos actores sociales capaces de expresar la tensión de esas contradicciones, y que fueran capaces de generar opciones de desarrollo al sistema político dominante. La psicología en su versión institucionalizada hegemónica no fue una excepción dentro de ese cuadro, y la subjetividad, cualidad humana no susceptible de ser domesticada y sobre la cual se generan las alternativas creativas en la política, fue un tema silenciado ante los prejuicios ideológicos dominantes en la antigua Unión Soviética.

Después de la muerte de Leontiev, en la década de los años setenta del siglo pasado, se produjo un cambio profundo en la correlación de fuerzas políticas en la psicología soviética, B. F. Lomov y el Instituto de Psicología de la Academia



de Ciencias de la URSS, pasaron a ser la fuerza política dominante en la Unión Soviética, integrando a los discípulos de Rubinstein y de Ananiev y Miasichev, quienes habían liderado la psicología en Leningrado, única plaza donde se desarrolló una psicología social e institucional. Lomov fue discípulo de Ananiev y ya en esa década realizó una crítica contundente a los problemas que había generado a la psicología el lugar central atribuido a la categoría actividad definida por Leontiev, Lomov (1979,1984).

El nuevo clima que se vivía en aquella psicología apareció en toda su fuerza en el V Congreso de la Sociedad de Psicólogos de la Unión Soviética desarrollado en 1977 en Moscú y cuyo tema principal fue el problema de la actividad en la psicología soviética. En los años ochenta nuevas posiciones continuaron consolidándose y el tema de lo social y la subjetividad aparecieron con fuerza en la psicología soviética. V. E. Chudnovsky, uno de los colaboradores principales de L. Bozhovich, quien rompió con Leontiev en la década de los años sesenta, y fue la primera en establecer las profundas diferencias entre las obras de Vygotsky y Rubinstein en la psicología soviética, escribió,

No puede dejar de reconocerse que en el curso de muchas décadas el problema de la subjetividad en nuestra ciencia y en la práctica social fue subvalorado. Un conjunto de condiciones (de carácter subjetivo y objetivo) posibilitaron eso. La necesidad de una batalla por la comprensión materialista del desarrollo social exigió (lo cual estuvo plenamente justificado) poner el acento en la influencia decisiva de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en la ideología de la sociedad, y a través de ella: en el desarrollo de la conciencia y la personalidad del hombre concreto. Desafortunadamente, estas posiciones, en sí mismas indiscutibles, y parte del abecedario del Marxismo, se absolutizaron convirtiéndose en dogma. (Chudnovsky, 1988, p.15).

Las condiciones para un nuevo momento en la psicología soviética estaban dadas, lo que implicaba la posibilidad de avanzar sobre parte del legado inconcluso de algunas de sus principales figuras, en particular en el desarrollo del tema de la subjetividad, el sujeto y los temas de la sociedad y las instituciones, lo cual, de hecho, integraba a la psicología con el resto de las ciencias sociales y aumentaba su compromiso político, evadido por esa psicología centrada en el estudio de la actividad individual sin espacio para los temas sociales.

El desarrollo del tema de la subjetividad en la perspectiva cultural histórica y sus implicaciones para los estudios sobre la sociedad

El desarrollo del tema de la subjetividad ganó fuerza en la psicología rusa a partir de su énfasis en las categorías de sujeto, Abuljanova (1980) y Bruschlinsky (2002); conciencia, (Zinchenko) y sentido de vida, Chudnovsky (2010). En mis trabajos, orientados en un primer momento a la investigación y desa-



rollo de la personalidad, muy influido por los trabajos de Bozhovich, Chudnovsky y Allport³, fueron apareciendo desafíos que no se resolvían dentro de los marcos del estudio de la personalidad, los que me permitieron avanzar sobre el tema de la subjetividad que, desde mi perspectiva, era mucho más amplio en sus posibilidades heurísticas, permitiéndome integraciones entre lo social, lo político y la persona, que no conseguía a través de otros referentes de la psicología. En mi apertura hacia los temas de la psicología social, me influyeron fuertemente una cuestión teórica, y otra que, sin dejar de ser teórica, tuvo un carácter social y político; la primera cuestión, esencialmente teórica, era el hacer compatible el desarrollo del tema de la personalidad con el marco cultural, social e histórico que había escogido para fundamentar su desarrollo, y lo segundo, fue mi integración en la década de los años ochenta al movimiento de la psicología social crítica que se organizó alrededor de J. M. Salazar y M. Montero en Caracas, y que integró a través de intercambios y encuentros regulares a diversos psicólogos sociales con importantes posiciones críticas como I. Martín Baró, B. Jiménez, I. Dobles, S. Lane, P. Fernández Cristlieb, E. Lira, M. A. Banch y T. Sloan entre otros. Ese grupo a pesar de su diversidad de posiciones teóricas y metodológicas, se caracterizaba por el ejercicio de una psicología social crítica que tenía como centro los procesos sociales y políticos.

Mi integración en aquel grupo me permitió profundizar en nuevas lecturas que me facilitaron nuevas ideas que repercutieron en mi comprensión de la personalidad y que me fueron llevando a un foco más abarcador y complejo, que integraba a la persona y a los procesos sociales en un campo único de intereses. Los avances que había logrado sobre el estudio de la personalidad en la psicología soviética me permitieron mantener el interés por la persona sin reducir mis representaciones teóricas sobre ella, ni a la cognición, ni al deseo, ni al comportamiento, formas dominantes de visibilidad de la personas en las investigaciones psicológicas de la época y en muchas de las investigaciones de otras Ciencias Sociales.

-
- 3 Me orienté al tema a partir de mis intereses por el funcionamiento más complejo e integral de la psique humana, lo cual me llevó a escoger el laboratorio de L. I. Bozhovich en el Instituto de Psicología General y Pedagógica para hacer mi doctorado. La forma en que el tema era tratado por Bozhovich y su equipo, en especial por V. E. Chudnovsky quien fue mi orientador, permitía comprender la personalidad de una forma mucho más abierta y sensible a los impactos de la vida actual de las personas, que otras definiciones nacidas en el psicoanálisis y otras corrientes de la psicología. Sin embargo, Allport también expresaba, sin ningún conocimiento sobre aquellos trabajos desarrollados en la Unión Soviética, importantes puntos de contacto con aquellos autores. La personalidad fue el tema que, en las condiciones sobre las que se desarrolló la psicología soviética permitió una mayor aproximación al tema de la subjetividad en la psicología.



Las discusiones y reflexiones que en aquella década animaron nuestros encuentros, fecundaron la organización de varios libros, así como artículos en revistas latinoamericanas en los que se puede apreciar las divergencias que como grupo teníamos, pero también algunos de los intereses compartidos que nos unían. Fue una época fecunda, que tuvo en los Congresos Interamericanos de Caracas (1985) y la Habana (1987), importantes momentos de expansión y consolidación a nivel latinoamericano.

En mi caso, el enfrentamiento con una realidad social y política diferentes, la cubana, dentro de la cual inicié una temprana militancia política en tiempos en los que todavía era posible el debate desde posiciones diferentes al interior de las organizaciones políticas, me refiero a los años sesenta y primera mitad de los setenta⁴, me permitieron comprender que todo sistema social genera sus propias contradicciones y que el mundo de la política es realizado por seres humanos, con virtudes y defectos que marcan el curso de los eventos políticos como procesos únicos, imposibles de ser explicados de forma coherente por las bases ideológicas asumidas, e imposibles también de ser reducidos a las aureolas míticas de sus principales dirigentes, algo muy en boga hasta nuestros días en las versiones "populistas" que caracterizan cierta izquierda oportunista latinoamericana. La política hoy, con independencia del color ideológico de sus discursos, representa políticas de Estado, semejantes en sus mecanismos autoritarios y en el poder rector de una casta profesional y vitalicia de políticos que impide el desarrollo de nuevos sujetos políticos participativos, oculta las contradicciones generadas por su gestión y tiene como principal motivación el logro y la conservación del poder.

Los conceptos de representación social, en la forma en que han sido teorizados por Moscovici y Jodelet, y la idea del discurso como práctica, introducida por Foucault en *Arqueología del saber*, ideas que fecundaron múltiples opciones en la psicología social por su importancia para la comprensión de las prácticas sociales como producciones simbólicas compartidas, y por la separación que ambas construcciones teóricas establecían entre las intenciones individuales y el curso de las prácticas sociales. Sin embargo, desde muy temprano, precisamente por mis orígenes teóricos, fui contrario a la forma en que ambas posiciones ignoraban a los individuos como posibles sujetos de esas prácticas y a las complejas configuraciones subjetivas individuales, González Rey (1993, 1994,

4 He dedicado a esas cuestiones varias publicaciones anteriores entre las que se encuentran: "El individuo: su lugar en la sociedad socialista", Revista Casa de las Américas, 1990, No 178, Habana; "Acerca de lo social y lo subjetivo en el socialismo", Revista TEMAS, 1995, No 3, Habana; "Los valores y su significación en el desarrollo de la persona" (TEMAS, 1998, No 15).



2002, 2004). Unido a eso he sostenido una crítica al reduccionismo discursivo en la explicación de los fenómenos y prácticas sociales, González Rey (2002, 2004, 2010).

Sin embargo, ambos marcos teóricos me obligaron a pensar nuevas definiciones ontológicas del sujeto, tanto social, como individual, que consideren tanto la procesualidad de la acción, como la simultaneidad de lo diverso en sus configuraciones subjetivas. Eso tuvo un importante impacto sobre mi definición de la personalidad en aquellos momentos. Ese dilema me llevó a una relectura de mis propios trabajos y de los autores que más habían influido sobre mis producciones. En todos mis primeros trabajos siempre atribuí una importancia central a la unidad de la cognición y el afecto, lo que influyó en los conceptos que usé para mis investigaciones sobre la personalidad, sin embargo, la personalidad como sistema continuaba siendo el foco de mis trabajos, sin dejar una alternativa teórica sólida sobre cómo el contexto y el momento concreto de la acción eran parte de su configuración subjetiva en el curso de la acción, lo que es clave para definir al sujeto de la acción.

En ese proceso lleno de dilemas, me reencontré con la importante categoría de sentido en la definición de Vygotsky como " el agregado de todos los hechos psicológicos que aparecen en nuestra conciencia como resultado de la palabra. El sentido es una compleja formación dinámica, fluida, que tiene diversas zonas que varían en su estabilidad" (1987, p. 276). Esa definición permitía elaborar un concepto para explicar la naturaleza psicológica de la conciencia que se organizaba de forma simultánea en el curso del lenguaje y como unidad psicológica de la conciencia que emergía ante la palabra. Esa construcción, a la que prácticamente no se le dio ninguna atención, ni en la psicología Soviética, ni en las interpretaciones occidentales sobre Vygotsky, representó para mí una vía para el desarrollo de una concepción no individualista ni metafísica de la subjetividad.

A pesar de que el propio Vygotsky no continuó desarrollando esa categoría, lo que le hubiera obligado, como reconoció A. A. Leontiev (1992) a una representación nueva del sistema psíquico humano a partir de la idea de los sistemas dinámicos de sentidos, la base para pensar un concepto de subjetividad histórica y culturalmente situado, capaz de aportar una nueva dimensión cualitativa al análisis de los procesos sociales, estaba allí, solo que el desdoblamiento de aquella construcción para emprender ese camino, exigía una representación teórica sobre la psique que no caracterizaba ni a la psicología soviética, ni a la psicología occidental que se apropió de aquel legado.



A partir de mi reencuentro con aquel concepto de Vygotsky, que yo mismo había pasado por alto en mis primeras lecturas sobre él, cuando no disponía de una representación teórica que me permitiera significarlo en un nuevo contexto, comencé a desarrollar el tema de la subjetividad comprendiéndola como una cualidad diferenciada de los procesos humanos, sociales, institucionales

e individuales, lo que me permitió avanzar sobre el concepto de personalidad, integrándolo al sistema teórico que comencé a desarrollar a partir de los años noventa. En un proceso que me llevó años de trabajo comencé a desarrollar un nuevo sistema de categorías dentro de un sistema teórico más general, el de la subjetividad, que ganaba valor heurístico a través de un conjunto de líneas diferentes de investigación y de práctica profesional.

Un momento clave para el desarrollo del tema de la subjetividad en ese marco teórico que no lo había incluido fue mi definición de sentido subjetivo, González Rey (2001, 2002) que, inspirado en mi interpretación del concepto de sentido en Vygotsky, se diferenciaba de él, integrándose en un nuevo sistema teórico, el de la subjetividad. Las principales diferencias entre el sentido y el sentido subjetivo son las siguientes.

- El sentido subjetivo a diferencia del sentido no se organiza alrededor de la palabra, sino que es una unidad simbólico emocional que califica la experiencia humana en su acontecer subjetivo. No existe experiencia que represente una internalización de hechos u operaciones, toda experiencia es una producción simbólico emocional que se produce en la configuración subjetiva de las diferentes expresiones humanas y no en el conjunto de hechos que las caracterizan como evidencia objetiva.
- El sentido subjetivo como concepto esencial para definir la subjetivación de la experiencia siempre se organiza como momento de una configuración en proceso en el curso de la experiencia, por tanto, siempre está referido a otras configuraciones subjetivas que entran de formas diversas y a través de sentidos subjetivos diferentes en el curso de la experiencia. Ese sistema de configuraciones subjetivas de la persona que aparecen por sentidos subjetivos diferentes en las experiencias de la persona es lo que defino como personalidad dentro de una perspectiva configuracional, González Rey (1995). Por tanto el sentido subjetivo no es una respuesta a un agente externo, sino la expresión de un sistema en el curso de su acción.
- Finalmente, el sentido subjetivo representa una unidad de lo emocional y lo simbólico donde cada uno de esos procesos emergen y se desdobl原因 de formas diferentes ante la presencia del otro, y es precisamente esa unidad la que define los desdoblamientos de una experiencia, tanto en las múltiples expresiones imaginarias de la persona, como en el curso de la acción, procesos que representan dos momentos de un mismo sistema, el de la configuración subjetiva de la acción.

Lo anterior nos permite pensar los sentidos subjetivos y las configuraciones como procesos que no se agotan a nivel individual, pues la acción está configurada subjetivamente en el sujeto de la acción, pero a su vez, está configurada dentro del espacio social en que ella acontece, siendo que ambas configuraciones subjetivas son simultáneas y mantienen una relación recursiva entre ellas, sin que una sea reductible a la otra, ni considerada como epifenómeno



de aquella. Nuestra definición de subjetividad, incluyó desde sus inicios dos formas de organización de ese concepto, la subjetividad social y la individual, González Rey (1993, 1995). Esa división no implica dos sistemas excluyentes, sino dos niveles diferentes en el desarrollo de un sistema complejo que tiene momentos singulares irreductibles en ambas formas de expresión.

La subjetividad social se configura en una dimensión discursiva, representacional y emocional, que integra los desdoblamientos y consecuencias de procesos que se desarrollan en un nivel macro social con los que ocurren a nivel micro social, en la familia, la escuela, el barrio y las múltiples y móviles configuraciones subjetivas de los sistemas cotidianos de relación en todas las esferas de la vida. Así, por ejemplo, la sumisión, falta de seguridad e irrelevancia sentida en relación con sí mismos en parte importante de camadas pobres de América Latina expresa, entre otras cosas, los procesos brutales de exclusión y desconsideración de esos grupos por muchos años, y está presente en la configuración de la subjetividad social de esos grupos, de un misticismo pasivo en relación con la religión que, de forma acrítica, les lleva a asumir posiciones institucionales de iglesias diferentes, incluso en cuestiones que les afectan como grupo social, como la prohibición del aborto. Sin embargo, esas posiciones no son exclusivas a esos grupos, extendiéndose a otros grupos y clases diferentes, como parte de una subjetividad más abarcadora y que comparte vías de expresión y comunicación. Es interesante la convergencia de producciones subjetivas entre grupos poblacionales con condiciones objetivas de vida y posiciones sociales radicalmente diferentes.

Los discursos se organizan en configuraciones de una subjetividad social que toma formas múltiples y contradictorias en las personas que comparten un espacio social, pues la dimensión simbólica discursiva no hace equivalentes a personas con historias diferentes. Las configuraciones subjetivas actuales de las personas, siempre expresan lo vivido a través de los sentidos subjetivos que se organizan en el presente, lo que representa la historicidad de las configuraciones subjetivas, aspecto importante de su carácter singular e irreductible a las experiencias actuales. Es precisamente sobre esa subjetividad singular que la persona emerge como sujeto generando opciones subjetivas frente a lo socialmente dominante. La negación del sujeto enarbolada, tanto por el estructuralismo, como por figuras importantes del postestructuralismo francés, se torna en una posición que, reivindicando la fuerza de lo simbólico y lo social sobre lo individual, termina generando consecuencias conservadoras, si le negamos a la persona su capacidad subversiva sobre la norma, que es parte de su capacidad generadora, cualidad distintiva de su condición subjetiva.

Un tejido social se alimenta de la diversidad creativa de las personas, cuyas acciones siempre representan momentos generadores y de crecimiento al interior de los espacios sociales en que las acciones individuales se expresan. Muchas acciones individuales representan un momento de una configuración de la subjetividad social, momento sensible de ampliarse en otras configuraciones



más complejas de la subjetividad social. Ese proceso depende de múltiples factores que se organizan en el curso de esas propias configuraciones, las que solo podemos construir desde dentro del proceso estudiado. Esta es una característica epistemológica general a todas las formas de subjetividad; no existen a priori que puedan ser generalizados fuera del estudio de las diferentes configuraciones subjetivas que se articulan en el curso de los procesos sociales e individuales que estudiamos.

Relevancia de la subjetividad para pensar la política: necesidad de repensar lo político

Uno de los desafíos centrales de las Ciencias Sociales hoy es discutir nuevos modelos para el ejercicio de la política, así como para el estudio de la dimensión política de los acontecimientos sociales. La definición de política en la modernidad estuvo centrada en la representatividad y en los derechos del ciudadano establecidos por la vía constitucional. Esa representación acompañó las ideas sobre la democracia que se fueron desarrollando en el curso del capitalismo industrial, cuando el Estado se erigió como expresión representativa de los pueblos y como Estado de derecho. La idea de nación convierte al Estado en representante de las personas que conviven en esa nación, lo que convirtió al Estado en centro de la gestión política. Ya en la segunda parte del siglo XIX algunos derechos laborales habían sido conquistados en los países europeos, sobre todo en Inglaterra, Francia y Holanda, sin embargo, esas conquistas no se extendieron a los países colonizados por ellos.

Los países colonizados sufrieron una total ausencia de políticas de derecho que legitimaran a sus poblaciones nativas, por eso en la mayoría de esas naciones la política se expresó en el ideal de liberación, concretizado en la lucha por la independencia nacional. Un problema grave en esos países fue que muchos de los propios libertadores se convirtieron en reproductores de la subjetividad social colonialista, generando poderes absolutos y centralizados; el poder político centralizado, caudillista y autoritario caracteriza hasta hoy la política en muchos de los países de América Latina, Asia y África, lo que ha favorecido la fragilidad institucional de esos países. Esa situación afectó profundamente la diferencia entre los capitalismos emergentes en las naciones colonizadas y el capitalismo europeo, donde el pensamiento liberal había conseguido importantes avances en la política, que se fortalecieron de forma particular después de la Segunda Guerra Mundial a través de la intervención del Estado en las empresas y en los más diversos sectores de la sociedad.

La forma diferente en que los Estados nación se desarrollaron en los países industriales más avanzados y en el resto del mundo, impide tratar la política en términos universales, atendiendo solo al modelo socio económico más general de la sociedad, lo que no es productivo para el estudio de las múltiples realidades políticas que de forma singular se instituyen en países que comparten una formación socioeconómica capitalista, Wallerstein (2005). La cuestión del



desarrollo político de las naciones es mucho más compleja, e integra factores que no estuvieron presentes en el capitalismo industrial y que, por tanto, no fueron objeto de atención de los sistemas de saber generados en la época, entre ellos del propio Marxismo.

El pensamiento moderno buscó la explicación de la política en factores objetivos naturalizados de carácter supraindividual. Partidos que respondían a los grupos de poder se disputaban el control del Estado y con ellos la dirección política de las sociedades. Los Partidos se constituyeron como los sujetos políticos representativos de la sociedad, algo que se extiende hasta nuestros días cuando enfrentamos la mayor crisis del modelo político y económico dominante desde la Gran Depresión de los años treinta del siglo XX.

En el mundo de hoy el capital especulativo financiero se convirtió en una fuerza supranacional desvinculada del funcionamiento real de la economía y de las empresas, generando una profunda escisión entre el funcionamiento del sistema y los actores, Touraine (2011). A su vez, ese capital inyecta millones en las campañas políticas, lo que les permite una profunda influencia en esa esfera, como han mostrado los más recientes casos de corrupción en la política mundial. La separación entre Estado y sistema burocratizó las políticas del Estado y las separó de sus efectos de subjetivación en las poblaciones a las que van dirigidas. El derecho también se burocratizó y se quedó atrás ante las necesidades de la vida, lo que se evidenció en la ausencia de figuras jurídicas para enjuiciar a los banqueros y empresarios cuya irresponsable sed de lucro fue uno de los factores de la crisis económica internacional del 2008. Nuevamente, ante esa crisis, el Estado se erigió defensor del poder y las personas quedaron a merced de su suerte.

Este cuadro, en lugar de distanciar posiciones políticas contrarias, las ha acercado; la presencia omnipotente, despersonalizada y burocrática de un Estado asociado a intereses de poder, eliminó la ilusión de que modelos económico-sociales diferentes podrían implicar diferencias en relación con los derechos y las formas de participación de la población. El socialismo de Estado, única versión de socialismo en el poder, se desarrolló como capitalismo de Estado doctrinario con reminiscencias feudales que alimentan el poder absoluto y el nepotismo de grupos hegemónicos. Las dictaduras socialistas reprodujeron una clase política profesional, centrada en sus propios intereses, posición semejante a la de los políticos profesionales de países capitalistas periféricos, pero con menos movilidad.

Las opciones ideológicas como alternativas políticas todavía hoy gozan de valor simbólico, a pesar de que la izquierda en el poder ha reproducido un aparato de *poder* estatal más agresivo, corrupto y extendido que el de las fuerzas políticas que les precedieron. Unido a eso, reprimen toda forma crítica contra el ejercicio de ese poder. Ante esta política centrada por un Estado en total crisis de legitimidad, en el que nadie se siente representado, el tema de la subjetividad



gana especial relevancia para la política. En la medida en que los partidos políticos se impusieron como la alternativa para el ejercicio de la política, esta se despersonalizó y se naturalizó, lo que implicó su desaparición como práctica social. La política como práctica social no puede apoyarse en partidos políticos sin proyectos diferenciados; la política como derecho y práctica social implica múltiples sujetos políticos en escenarios de contradicción y polémica frente a proyectos diferentes elaborados con amplia participación de la población. Esos sujetos múltiples de la política generan sentidos subjetivos con implicaciones políticas sobre temas que en un momento histórico anterior, pueden no haber sido considerados políticos, de lo cual es un ejemplo la militancia política de movimientos políticos diversos, como el feminismo, el movimiento homosexual, los grupos de defensa de la ecología, etc.

Las diversidad de las configuraciones subjetivas de grupos humanos diferentes, implican opciones políticas también diferentes en las que esa diversidad se pueda representar, lo que se tiene que acompañar de una renovación del derecho que permita promover la justicia ante los nuevos conflictos generados por la emergencia de nuevos sujetos políticos. La política es histórica y, por tanto, en constante transformación; no existen sistemas buenos y malos en abstracto. Los sistemas históricamente considerados "buenos" fueron incapaces de considerar las nuevas necesidades y conflictos que emergían ante la solución de los problemas de la "vieja orden política", y queriendo depositar en los adversarios todas las responsabilidades por sus problemas fueron incapaces de permitir la emergencia de nuevos actores sociales ante el celo de la hegemonía política absoluta.

Las políticas sustentadas en la lógica maniquea del bien y el mal que todavía domina el escenario político, están condenadas al fracaso. Los escenarios políticos son extremadamente dinámicos y el rescate de las dimensiones de sentido subjetivo diferenciadas de grupos sociales diversos, es una condición del ejercicio de la democracia, que debe tener implicaciones políticas y jurídicas. La relación constante entre los sujetos políticos y las regulaciones jurídicas es una condición necesaria de la democracia.

La política históricamente se ha ejercido ignorando los procesos de subjetivación y efectos colaterales que generan los diferentes procesos que la constituyen y las decisiones que la orientan. El carácter subjetivo de todo modelo político hace de la participación una condición necesaria de su vitalidad; solo la participación garantiza la rapidez necesaria de las alternativas que toda política genera, siendo la emergencia de nuevos sujetos políticos la única garantía de la tensión necesaria al modelo de alternativas que emerjan y se defina el escenario de la gestión política. Las configuraciones subjetivas de las opciones políticas son responsables por su temporalidad histórica. El ejercicio ilimitado del poder político coloca al político por encima de la sociedad y de sus procesos vivos, transformando la conservación del poder en el primer objetivo en su objetivo principal, lo que sustituye el espacio de la política por el de la arbitrariedad.



Las configuraciones subjetivas que generan las políticas son esenciales para evaluar su curso. Reivindicar lo justo en un solo camino es convertir esa decisión en dogma, lo que separa la instancia de decisión política de la población a la que esa política va dirigida. El sentido subjetivo de la política nunca está en las intenciones declaradas ni en el discurso explícito, sino en los efectos colaterales que las políticas generan, llevando a procesos y formas de subjetivación impredecibles ante las decisiones políticas.

Como toda producción humana, la política aspira a la legitimidad, pero a diferente de la ciencia y otras formas de acción humana que se confrontan, que no reducen su acción a sistemas socialmente generados, las políticas nunca se legitiman por los criterios que avalan las decisiones tomadas, sino por las producciones subjetivas que generan y las opciones de desarrollo que abren a la acción humana.

Bibliografía

- Abuljanova, K (1980). *El sujeto de La actividad psíquica*. Roca. Ciudad de México.
- Bruschlinsky, A. V. (2002). *Psykjologiya individualnovo i gruppovovo subjekta. (Psicología del sujeto individual y social)*. Moscú. Instituto de Psicología de la Academia Rusa de Ciencias.
- Chudnovsky, V. E. (1988). *Problema subjektivnosti v svete sobremennyx zadach psykjologii vospitaniya (El problema de la subjetividad a la luz de las tareas actuales de la psicología de la educación) Cuestiones de Psicología*, 4:15-24.
- González Rey, F. (1993). *Problemas Epistemológicos de la Psicología*. México D. F. Colegio de Ciencias Sociales Plantel Sur. Universidad Nacional Autónoma de México.
- González Rey, F. (1994). *Personalidad, sujeto y psicología social*. En: Ed: M. Montero. *Construcción y crítica de la psicología social*. Barcelona. Anthropos.
- González Rey, F. (1995). *Personalidad Comunicación y Desarrollo*. Habana . Pueblo y Educación.
- González Rey, F. (2001). *La categoría sentido y su significación en la construcción del pensamiento psicológico*. *Contrapontos*, 1,2:13-28.
- González Rey, F. (2002). *Sujeto y subjetividad. Una aproximación histórico-cultural*. México D. F. Thomson.
- González Rey, F. (2004). *O social na psicologia e a psicologia social*. Petrópolis. VOZES.
- González Rey, F. (2011 (a)). *El pensamiento de Vigotsky; contradicciones, desdoblamientos y desarrollo*. México. D. F. Trillas.
- González Rey, F. (2011(b)). *A Re – examination of Defining Moments in Vygotsky's Work and Their Implications for His Continuing Legacy*. *Mind , Culture and Activity*, 18:257-275.
- Leontiev, A. A. (1992). *Ecce Homo. Methodological Problems*. *Multidisciplinary Newsletter for Activity Theory*, 11/12;9-12
- Lomov, B. F (1979). *Kategorii obcheniya i deyatelnosti v psykjologii (Las categorías de comunicación y actividad en psicología)*. *Cuestiones de |Filosofía*, 8:34-47



Lomov, B. F. (1984). *Metodologicheskie i teoreticheskie problemy psikhologii. (Problemas metodológicos y teóricos de la psicología)*. Moscú. Nauka.

Orlov, A. B. (2003). *A.N.Leontiev-L.S.Vygotsky : osherk razvitiya cxizisa (A.N.Leontiev-L.S.Vygotsky: crônica del desarrollo de una escisión)*. Cuestiones de Psicología. 2: 70-85

Touraine, A. (2010). *Após a crise*. Petrópolis. VOZES.

Wallerstein, I. (2005). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona. Gedisa.

Fernando González Rey

Graduado en la Facultad de Psicología de la Universidad de la Habana (1973). Phd, por el Instituto de Psicología General y Pedagógica de Moscú (1979) y Doctor en Ciencias (1987), por el Instituto de Psicología de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética (Nivel postdoctorado. 1987). Fue profesor titular de la Facultad de Psicología de la Universidad de la Habana, y decano de esa Facultad (1985-1989). Fue vicerrector de la Universidad de la Habana (1990 a 1995). Actualmente es profesor titular del Centro Universitario de Brasilia, y colaborador senior de la Facultad de Educación de la Universidad de Brasilia. Es profesor visitante permanente del doctorado en psicología de la salud de la Universidad Autónoma de Madrid, del Programa de Postgrado en Psicología de la Universidad de San Carlos en Guatemala. Consultor del Programa de doctorado de la Pontificia Universidad de Lima, Perú. Ha sido profesor invitado en 20 universidades, entre las que se destacan las siguientes: Universidad de Barcelona, Universidad de Buenos Aires, Universidad Autónoma de Barcelona, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, UNAM de México, Universidad del Rosario en Argentina, Universidad del Valle en Bogotá, Universidad Nacional de Colombia en Bogotá, Universidad de Guadalajara, Universidad de Morelia, Cambridge University, entre otras. Fue Premio Interamericano de Psicología en 1991. Recibió la Orden Carlos J. Finlay, principal distinción a la ciencia en Cuba en 1991. Es miembro del Consejo Editorial de siete publicaciones reconocidas en nivel A y B por los Consejos Nacionales de Ciencias de sus respectivos países. También es miembro del Consejo Editorial de la Revista *Mind, Culture & Activity*. Ha escrito 86 artículos en diferentes revistas internacionales y nacionales, ha publicado 50 capítulos de libros y 19 libros, participando en la organización de otros 7. Ha participado en 54 tribunales de otorgamiento del título de maestría en psicología y en 33 tribunales de doctorado. Ha orientado 22 tesis de maestría y 12 de doctorado.



